



Los miembros del nuevo Gobierno portugués, tras la ceremonia de juramento efectuada en el palacio de Belem: En primer plano, de izquierda a derecha: Raúl Rego (Información), Sa Carneiro (sin cartera), general Spínola (Presidente), Adelino da Palma (primer ministro), Manuel Rocha (Equipamiento Social), Pereira da Moura (sin cartera), Magalhães Mota (Administración Interna), Vieira de Almeida (Economía y Coordinación), Salgado Zenha (Justicia).

PORTUGAL

NUEVO GOBIERNO, VIEJOS PROBLEMAS

PORTUGAL tiene ahora un embrión de instituciones legales. Un presidente de la República militar, el general Spínola, y un gobierno de civiles, nombrado el presidente por la Junta Militar, y el gobierno, por el presidente. No había otros mecanismos legales; es precisamente a partir de estas instituciones nombradas, cuando deberán definirse esos mecanismos para llegar a las instituciones electas que le darán todo su peso legal democrático, mediante pasos ya anunciados: creación de corrientes de opinión y de partidos, elecciones generales en el plazo de un año, Asamblea constituyente y, a partir de la Constitución promulgada, quizá con un referéndum, gobierno democrático.

Confiar en el pueblo

Para este punto de partida podría considerarse fácilmente

como referéndum la actitud del pueblo portugués a partir de la caída del fascismo; en número, mostrado en la manifestación de Lisboa —y las manifestaciones de provincias— del 1 de mayo, y en calidad cívica, mediante la sustitución del régimen anterior por

la responsabilidad de cada una, sin apenas incidentes.

Puede decirse que la mayor audacia de la Junta, con auténtica genialidad política, no fue tanto enfrentarse a un régimen ya vacío de sentido, sino confiar en el pueblo, dejarlo salir a la calle y sustituir los resortes del poder; lo hizo sin miedo y sin reservas. Esta confianza en el pueblo ganó la confianza del pueblo en la Jun-

ta, la cual ha demostrado de nuevo que es digna de ella al formar un gobierno civil en los plazos previstos. Contraste considerable con Grecia, con Chile, en los que la toma del poder no supuso jamás su traspaso a instituciones democráticas.

Algún paralelo histórico cabe en esta ocasión, dentro de todas las reservas necesarias. Se hizo ya el de Spínola-De Gaulle, refiriéndose al golpe del 13 de mayo de 1958, en el que el general francés se alzó contra una situación colonial podrida. Habría que hacer otro ahora con el de Gaulle de 1944-1946: el gobierno provisional francés, donde estaban representadas todas las tenden-

cias nacionales, desde un centro-derecha hasta el partido comunista. Sobre este modelo se ha construido al nuevo gobierno portugués, considerado como de centro izquierda, aunque en el centro haya alguna derecha democrática que prefiera no considerarse como derecha.

Socialistas y comunistas

Por primera vez en la historia de Portugal hay dos ministros comunistas, en carteras cuidadosamente no llamativas (un Ministerio de Estado, el Ministerio de Trabajo), siguiendo la misma técnica que durante la campaña electoral francesa ha hecho a Mitterrand prometer (con la anuencia de sus aliados del PCF) que en su gobierno los comunistas no ocuparían más que carteras téc-

NUEVO GOBIERNO, VIEJOS PROBLEMAS

nicas, pero no las de Defensa, Interior (Policía) o Asuntos Exteriores. Una discriminación que tiene a no asustar ni a los capitales, ni a la burguesía interior, ni a los aliados atlánticos.

El partido socialista ocupa ahora tres carteras en Portugal, entre ellas la de Asuntos Exteriores, entregada, como estaba previsto, a Mario Soares. El partido socialista es menos numeroso, menos disciplinado, menos tradicional que el comunista en Portugal; cuando Mario Soares afirmaba, como ha hecho en repetidas ocasiones, que no estaba dispuesto a formar parte del gobierno si no se incluía en él a los comunistas, estaba en realidad invirtiendo los términos de las dosificaciones reales, puesto que debía haber sido el dirigente comunista, Cunhal, el que hubiese insistido en la presencia de socialistas... Pero estaba tratando de evitar alguna maniobra que nunca, que sepamos, se planteó: la de eludir o discriminar a los comunistas. Socialistas y comunistas están hoy estrechamente aliados, con un predominio de los socialistas en la dirección y de los comunistas en el número: un paralelo, también, con Francia: con el programa encabezado por Mitterrand. Sin embargo, estas dosificaciones de opinión pública se refieren a un pasado: el partido comunista es más apto, por vieja experiencia, para la lucha clandestina y la resistencia. Es muy posible que a partir de ahora, con un gerente de la categoría de Mario Soares, el partido socialista se nutra de afiliados y pueda llegar a ser, de aquí a las elecciones, la verdadera espina dorsal política de Portugal. Esto dependerá, sobre todo, del desarrollo de los acontecimientos. Si el reformismo avanzado que pueda realizar de ahora en adelante esta coalición de militares y políticos de centro-izquierda mejora de una manera visible la condición económica de los portugueses, al mismo tiempo que su dignidad humana, será la gran época del socialismo. Un socialismo sin exageraciones. Pero si las reformas fallan, si la creación de riqueza y el reparto justo de ésta no se producen, la reacción popular se inclinará hacia el comunismo; precisamente, el hecho de que, participante en el gobierno, estén reducidos a carteras no decisorias, les dará este carácter de reserva para el futuro. Una inclinación popular hacia el comunismo produciría una reacción de las otras fuerzas políticas hacia la derecha.

Ahí comenzaría lo imprevisible.

De todas maneras, los paralelos históricos no deben ir más adelante. En Francia la evicción de los comunistas del poder y su aislamiento, el telón de acero interior, se debió sobre todo a las circunstancias internacionales, a la guerra fría; no han salido de esta situación hasta estas elecciones presidenciales. Es decir, cuando la generalidad de la política mundial ha evolucionado hacia la coexistencia. Es en tiempos de coexistencia en los que nace el nuevo sistema de Portugal. Y la presencia de dos comunistas en el gobierno y el mantenimiento de su alianza con los socialistas tienen ahora un sentido muy importante: el de preparar la ley electoral. Si se hace la ley con el juego con que se hizo en Francia, no sólo los comunistas podrían quedar aislados en las elecciones

próximas, sino que la fisonomía política del país quedaría disimulada, con daño para la democracia y para la realidad objetiva.

La situación exterior

El Gobierno provisional de civiles, indudablemente tutelado por Spínola y por la Junta, y ésta, a su vez, por los oficiales jóvenes, tiene a su cargo nada menos que la descolonización. Si la interior se enfoca como queda expuesto, la exterior es infinitamente complicada. También el general De Gaulle se encontró en 1958 con la guerra de Argelia y con un movimiento parecido al que se encuentran los portugueses de Lisboa: unos millares de blancos en las zonas africanas tienen verdadero terror a que estas zonas sean realmente independientes, autónomas: los intentos de secesión de la metrópoli para cons-

truir naciones de predominio blanco (en un movimiento parecido a Rhodesia, a África del Sur; más atrás en la historia, al de los colonos americanos con respecto a España, al de los colonos anglosajones del Norte con respecto a Gran Bretaña) comienzan a manifestarse. Spínola actúa con rapidez. Las conversaciones de paz con los movimientos de liberación africanos, que comienzan el 25 de mayo en Londres, pueden saldar la situación.

La tesis de Spínola se conoce: es la expuesta en su libro «Portugal y el futuro», detonador de esta nueva situación. No es la simple tesis de un analista intelectual, sino la experiencia de un combatiente de esa guerra. Tiene, por lo tanto, un carácter práctico, un posibilismo: la creación de una Federación Lusitana, incluso con participación brasileña. Para muchos es utópica. La historia también informa en contra: todas las federaciones de este tipo que se han intentado por otros países para salir de situaciones coloniales han fracasado. La primera, la Commonwealth. Ya se sabe que los movimientos africanos de liberación las consideran con, por lo menos, muchas reservas. Para ellos, lo que acaba de suceder en Portugal se ve de una manera muy distinta a la óptica habitual con que se considera en Occidente. Es decir, si aquí se ve como una caída del fascismo, herido de muerte por su propio carácter arcaico y por su inadecuación a las circunstancias actuales del mundo, en África se ve como un triunfo exclusivo de las guerrillas de los frentes de liberación. Su moral es alta, por consiguiente, y en todas las negociaciones que se vayan entablando serán muy duros. Incluso dentro de esos frentes de liberación, que están bastante divididos entre sí, los más proclives a la negociación están ahora en baja, y predominan los duros. De todas formas, hay situaciones distintas en Mozambique, donde todo parece más fácil que en Angola, donde la lucha es mayor. Y es precisamente Angola, por sus riquezas, la que más le interesa a Lisboa que se mantenga federada.

Por todo ello, parece que el porvenir inmediato de Portugal va a presentar numerosísimos problemas. No son propios de la nueva situación. El régimen anterior los había acumulado: solamente que los disfrazaba con la censura, las prisiones, la dictadura férrea: el disfraz se quedó demasiado pequeño y estalló. La nueva situación tiene la gran ventaja de que los puede discutir públicamente, de que puede contar con el conocimiento y la responsabilidad de un pueblo que, hasta ahora, sólo conocía las cargas. ■ J. A.

Algunos de los componentes del nuevo Gabinete, que preside Adélino da Palma (derecha, en primer plano): Alvaro Cunhal, Mario Soares, Sa Carneiro (por este orden, a la izquierda de la fotografía) y Raúl Rego (centro).

